

Marcos 9:2-9

Marcos 9:2-9 Transfiguración 2000

²Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. ³Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. ⁴Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús. ⁵Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. ⁶Porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados. ⁷Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. ⁸Y luego, cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo.

⁹Y descendiendo ellos del monte, les mandó que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos.

Introducción: Estamos aquí al punto medio entre la Navidad y la Pascua. Hemos oído el cántico gozoso de la Navidad, Gloria a Dios en las alturas, cuando los ángeles cantaron las alabanzas del bebé en Belén. Anticipamos el glorioso himno de la Pascua: Alleluia, Ha resucitado. Pero entre estos acontecimientos hay una melodía más sombría, el lamento de la Cuaresma: Afligido y castigado, Ved quien muere en una cruz. No había ninguna vía corta para llegar a la gloria de la Pascua y la Ascensión. El camino tenía que pasar por el valle del sufrimiento y la muerte. De otro modo el Señor sólo podría ser el Señor que juzga y condena. Los discípulos tuvieron problemas en entender esto. Este evangelio de la Transfiguración, que se repite en Mateo, Marcos y Lucas, tenía el propósito de preparar a los discípulos por lo que pronto verían pasar a su amado Amo, y tiene el fin de preparar también a nosotros para que podamos meditar con provecho en la pasión de nuestro Señor, y considerar también en la perspectiva correcta las tristezas y dolores que nosotros experimentamos en el camino de la vida. Meditemos esta mañana, entonces, en

La gloria de la transfiguración de nuestro Salvador

La transformación en la apariencia de Jesús testifica de su gloria. “Se transfiguró delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos.” ¿Qué dice esto acerca de nuestro Salvador? Seguramente aun una persona sin mucha inteligencia tendría que concluir que aquí tratamos con uno que es mucho más que solamente un hombre ordinario. Para personas como los discípulos, que conocían el Antiguo Testamento, tenía que ser evidente de inmediato que estaban tratando o con un ángel o con Dios mismo. Daniel 7:9, por ejemplo, nos dice: “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente”. Este Anciano de días, por supuesto, es el Señor Jehová mismo. La correspondencia exacta de la descripción, los vestidos blancos como la nieve, el rostro resplandeciente como el sol, como Mateo describe el acontecimiento, tiene que haber sugerido a los discípulos que Jesús es verdadero Dios. Años más tarde Juan veía una visión del Señor Jesús glorificado que confirmaría esa impresión. “Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas” (Apoc. 1:12-15). La persona a quien Juan vio, la voz mencionada en Apo. 1, se identifica con nombres que sólo se aplican al verdadero Dios mismo. “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.” (v. 8).

Lo que Jesús demostró en la transfiguración fue aquella gloria que tenía desde la fundación del mundo. Moisés una vez había hablado cara a cara con Dios y había recibido una gloria que reflejaba la gloria de él, de modo que su rostro brillaba cuando habló al pueblo las palabras de la ley que Dios le había revelado. Pero esa gloria se desvanecía, de modo que cuando dejó de hablar tuvo que poner un velo sobre su rostro para que la gente no se fijara en la desaparición de esa gloria. Pero Jesús tenía gloria celestial y divina desde la eternidad, y la tendría por toda la eternidad. En su oración sumo-sacerdotal Jesús no pidió nada

nuevo, sino lo que siempre había poseído: *“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”* (Juan 17:5).

Jesús siempre poseía esta gloria. Sin embargo su apariencia aquí en la tierra fue todo lo contrario. También fue verdadero hombre, nacido de la Virgen María. Como tal, *“estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”* (Filip. 2:8). Muchos se ofendieron a causa de esta apariencia humilde y rechazaron su afirmación de que era el Hijo de Dios. Se rieron de la idea de que la salvación y la vida eterna procedieran de él. Los mismos discípulos se escandalizaron por la idea de que el Mesías de Israel debería morir en una cruz. La referencia al suceso seis días atrás con que abre nuestro texto es a la ocasión en que Jesús tuvo que decir a Pedro: *“¡Quítate de delante de mí, Satanás!”* Pedro no podía armonizar la verdadera gloria del rey mesiánico con su profecía de que sufriría y moriría. Isaías tenía la razón en cuanto a la reacción de la razón natural de todos nosotros cuando dijo acerca del Mesías que sufriría: *“No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos.”* (Is. 53:2). Fue con el fin de que no se ofendieran totalmente, para que no perdieran total y eternamente toda esperanza, que en esta única ocasión, Jesús permitió que se exhibiera su verdadera y permanente gloria divina.

Jesús fue transfigurado en gloria. ¿Qué tiene esto que ver con nosotros? En primer lugar, nos muestra que el que sufrió y murió es en verdad el Señor de gloria, Jehová mismo, el Dios eterno que vino en la carne para salvar a los pecadores. Nos dice que el que sufrió y murió es el mismo que fue ofendido, y que será nuestro juez. Nos dice que si alguien tan grande y glorioso ha muerto por nosotros, seguramente pagó la pena completa por nuestros pecados, y realmente tenemos el perdón y la vida eterna.

Pero hay más consuelo para nosotros en la transfiguración. La palabra griega por transfigurar o transformar es *metamorféw*. Esta palabra también se usa con referencia a nosotros los cristianos. En una ocasión es un imperativo, algo que debe suceder en nosotros. Debemos ser transformados por la renovación de nuestra mente, de modo que comprobemos y pongamos en práctica en nuestras vidas *“la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”* (Rom. 12:2). El otro pasaje dice que *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en*

un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor. 3:4). Esto está sucediendo ahora mediante la fe en el evangelio, y se perfeccionará en la eternidad. Pablo escribe a los filipenses que están en el Señor: “El cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:21). Lo que Jesús reveló en el día de la transfiguración es también nuestro destino cuando “seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

II. Los discípulos, asombrados, repentinamente vieron a Moisés y Elías hablando con Jesús en el monte. Un momento antes habían estado solos. Ahora estos dos representantes glorificados de la Ley y los Profetas, esas grandes divisiones de las Escrituras del Antiguo Testamento, estaban delante de ellos. Jesús pronto seguiría el camino del sufrimiento y la muerte. En algún momento los discípulos tendrían que convencerse de que esto no fue algún terrible error, la frustración de los planes de Dios, sino de hecho lo que Dios todo el tiempo había planeado como el único modo de redimir a la humanidad. Tal vez no entiendan todo esto de inmediato, pero una vez que habían visto esta visión, después de la resurrección de Jesús, podrían testificar que el sufrimiento y la muerte de Jesús habían sido “conforme a las Escrituras”. Moisés había escrito de la Simiente de la mujer que aplastaría a Satanás, pero cuyo talón sería herido en el proceso. Isaías, uno de los profetas, habló del Mesías como el Siervo que sufre, un cordero llevado al matadero sin quejarse, porque las transgresiones de todos nosotros fueron puestos sobre él. “Hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén.” (Lucas 9:31).

Fue difícil para los discípulos comprender el plan de Dios a pesar de que se había revelado con toda claridad en las Escrituras. Cuando Jesús habló de su sufrimiento y muerte, era demasiado chocante para contemplar. Rehusaron pensar en ello. Estas grandes figuras del Antiguo Testamento tenían que recordarles que los planes de Dios son más grandes que las ideas humanas acerca de lo que deben ser los planes de Dios. Si se hubiera dejado a la decisión de los discípulos, jamás habiéramos sido redimidos. Sería fácil criticar a los discípulos por no haber entendido, y por su terquedad, pero ¿somos realmente diferentes nosotros? ¿No sucede que nosotros con frecuencia pensamos

que nosotros tenemos mejores ideas que lo que Dios ha planeado? Aunque como hijos redimidos de Dios tenemos la absoluta garantía de que aunque permite que entren en nuestras vidas el sufrimiento y la tristeza, dolores y pruebas, todo tiene que cooperar para nuestro bien, y que nada puede separarnos del amor de Cristo, ¿no sucede que con frecuencia nos murmuramos y nos quejamos y pensamos que Dios se ha equivocado? Dios no ha guardado silencio. Jesús acababa de explicar a sus discípulos seis días antes que no sólo él iría a la cruz, sino ellos también tendrían que tomar su cruz y seguirlo. No se han cambiado las cosas. Para nosotros también es necesario que a través de mucha tribulación entremos en el reino de Dios. ¡Qué esta conversación de Moisés y Elías con Jesús en presencia de sus discípulos también nos recuerde que Dios tiene la razón, que sus planes son para nuestra salvación, y que todo en verdad tiene que servir para nuestro bien.

III. No sólo fueron dos hombres glorificados los que dieron testimonio para preparar a los discípulos para la pasión de Jesús. El Padre celestial mismo testificó desde la nube gloriosa que Jesús era su Hijo amado. *“Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd.”*

Una vez antes el Padre había declarado que Jesús era su Hijo amado, en el bautismo de Jesús, cuando éste primero declaró su solidaridad con la humanidad pecadora, y se comprometió a cumplir toda justicia, hacer todo lo que Dios requería de la humanidad, algo que ningún ser humano jamás había cumplido. Allí Jesús por primera vez públicamente se dedicó a hacer todo lo necesario para redimir a los pecadores, y esto había complacido sumamente al Padre celestial. Ahora una vez más, cuando se acerca el tiempo, en presencia de los discípulos que pronto verían toda la ira de este mismo Padre celestial derramado sobre Jesús como el Sustituto de los pecadores, el Padre otra vez declara su amor hacia él. Otra vez las circunstancias lo aclaran. El agrado del Padre por su Hijo está íntimamente ligado con su amor para con los pecadores y su deseo por su salvación. ¡Cuánto debemos regocijarnos nosotros los pecadores al oír esta voz celestial! Nos asegura que también quiere ser nuestro Padre amante mediante la redención que Jesús cumpliría en la cruz.

“¡A él oíd!”, declara el Padre. Son palabras muy importantes. Hacía mucho tiempo Moisés había profetizado de un gran

Profeta. En Deuteronomio 18 dice: “*Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis... Y Jehová me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta.*” Ése fue el peligro que amenazaba a los discípulos, escuchar su propia voz y sus propios razonamientos en vez de escuchar la voz de este Salvador que les reveló toda la gracia de Dios — desde la cruz. Cuando hicieron eso, Judas lo traicionó, Pedro lo negó, y todos los discípulos huyeron. Si hubieran permanecido así, todos se habrían perdido, como sucedió con Judas. Sin embargo, el tierno pastor llamó a Pedro y los demás a volver a él después de la resurrección, los restauró y fortaleció por medio del testimonio de su Espíritu, y los envió a revelar su palabra a otros.

Tengamos cuidado para que no rechacemos su palabra, no sea que se nos pidan cuentas y finalmente seamos rechazados. Es en el evangelio así como se revela en la Escritura que aprendemos cómo Dios trató con nuestros pecados y los quitó, y no en ninguna otra parte. Todavía es cierto que “no puedo por mi propia razón ni por mis propias fuerzas creer en Jesucristo mi Señor ni allegarme a él”. La palabra, el evangelio, tiene que seguir haciéndolo. Cuidémonos para que le “oigamos a él”.

Luego terminó. “*Y luego, cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo*”. El tiempo para la gloria sin fin no había llegado aún. Había sido bueno estar allí, como Pedro había dicho. Pero ahora era tiempo de descender la montaña. Jesús seguiría el camino del Siervo, a través del rechazo, el sufrimiento y la muerte, sirviendo para suplir tus necesidades y las mías, llevando sobre sí nuestros pecados para que ya no nos pudieran condenar. Sólo después del “¡Consumado es!” del Viernes Santo entraría Jesús plena y permanentemente en su gloria. Pedro, Jacobo y Juan también algún día entrarían en la gloria, pero sólo después de vivir cada día en su turno, frecuentemente en problemas o persecución, sirviendo con fidelidad a aquel que había muerto por ellos, y en amor y gratitud estableciendo la iglesia en donde resuena la palabra de salvación por su testimonio. No había ninguna vía corta a la gloria para ellos tampoco; sólo la fe humilde en el Crucificado mientras seguían el camino de la vida.

Que nosotros también, al descender del monte de la Transfiguración, en donde hemos visto un destello de la gloria de nuestro Señor y la que algún día también será nuestra en su presencia, salgamos para servirlo a aquel que sirvió a nosotros y ganó para nosotros la redención. Así como él no escatimó fuerzas hasta que nosotros poseíamos las bendiciones de la salvación por su gracia, salgamos y amemos y sirvamos unos a otros, conforme a su palabra. No nos cansemos de hacer el bien cuando se nos presenten en el camino los problemas y desánimos, ya que estamos llamados a llevar nuestra cruz. Así como el Padre declaró su agrado por su Hijo, el Siervo que sufrió y nos redimió, en el monte de la Transfiguración, también declarará de los que han seguido el camino de la cruz con Jesús, confiando solamente en sus méritos por la salvación, y en amor y gratitud a él se dan en beneficio de sus prójimos aun cuando esos prójimos no muestran gratitud y pagan el bien con mal. “Bien, buen siervo y fiel”. Y por causa de Jesús nos recibirá en la gloria. Amén.